



este que diese fin á la guerra de las imágenes, y anatematizó en un concilio de Roma á los iconoclastas; mas el emperador envió por toda respuesta contra esta ciudad, y contra toda la Italia una armada, que fracasó; y viéndose impotente para ejercer otra venganza, se apoderó en Sicilia de todos los bienes eclesiásticos.

Los lombardos, aliados con Carlos Martel, poderoso rey de los francos, estaban aún más amenazadores que nunca. En circunstancias tan críticas, dirigióse el papa al mismo Carlos Martel para apartarle de tan dañosa alianza y alcanzar su apoyo en favor de la Iglesia y del pueblo de San Pedro; mas aunque obtuvo promesa de socorro, no obtuvo el socorro mismo; y Zacarias, sucesor de Gregorio (741-52), vió el ducado de Roma invadido casi enteramente por los lombardos. La independencia de Roma con respecto al imperio griego, gobernado á la sazón por Constantino Coprónimo, heredero del odio de su padre contra la Iglesia, iba siendo de día en día más evidente. En momentos de peligro, no se esperaba ya auxilio de Constantinopla. El papa Zacarias, que manejaba solo y con absoluta independencia los intereses de la Iglesia, llegó por su sola influencia personal á negociar una paz de veinte años con Luitprando, y á hacerle restituir las ciudades de Bomarzo, Orta, Emilia y Blera; mas como el tratado no se había hecho sino por el ducado de Roma, los lombardos invadieron pronto el exarcado. Los habitantes de Rávena, de la Pentápolis y de Emilia, volvieron tambien los ojos en medio de sus angustias hácia Zacarias, por considerarle el mediador más seguro y más desinteresado. Zacarias obtuvo, en efecto, con su inteligencia y su valor la restitucion de Rávena y de Cesena, y cuando poco despues (750) Rachis, sucesor de Luitprando, rompiendo el tratado de alianza, cayó sobre la Pentápolis y sitió á Perusa, se presentó al campo enemigo «para hablar de la justicia y de lo esclavo que debe ser cada cual de su palabra, para echar en cara al rey los pecados de su vida y amenazarle con el poder de Dios, que gobierna el mundo y decide antes y despues de la muerte; segun las virtudes de cada uno, y segun su eterna voluntad, de la suerte de

»los débiles mortales.» El sitio de Perusa fué levantado; Rachis renunció la corona, no sólo para él, sino para su familia, y entró con ella en el convento de San Benito. Suscitáronse nuevas dificultades entre Astolfo, sucesor de Rachis, y el papa Estéban II; á pesar de las representaciones del pontifice, amenazaron los lombardos el exarcado, la Pentápolis y la misma Roma. En vano se dirigieron á Constantino plá súplicas y regalos para alcanzar que el emperador les auxiliara; no parecia sino que este había entregado la Italia al furor de los lombardos. Dirigióse entonces Estéban á Pipino, cuyos derechos á la corona de los francos había proclamado Zacarias, y que en señal de respeto y de honor tuvo el estribo al papa. Consagrando á Pipino y á sus hijos Carlos y Carlo-Magno, y otorgándoles el patriciado de Roma, los reconoció como protectores y defensores de la Iglesia romana; y Pipino, con su amor á esta y veneracion hácia el pontifice, no sólo á esta y veneracion hácia el pontifice, no sólo supo vencer la repugnancia que manifestaban los francos á bajar á Italia, sino que logró en dos campañas obligar á Astolfo á que abandonara las provincias usurpadas por los lombardos, provincias que *donó y restituyó* á la Santa Sede, despues de haber rechazado de una manera franca las reclamaciones de los diputados del Oriente, y obligado á los romanos á obedecer al papa. Siguiéron así las relaciones entre el papa y el rey de los francos hasta la coronacion de Carlo-Magno, que fué elegido emperador de los romanos, despues de haber sido junto con su padre Pipino patricio y tutor del pontificado. Obligados frecuentemente los papas á recurrir al brazo seglar para que les defendiera, no cesaron de prescribir á los romanos como un deber la obediencia á las disposiciones tomadas por el *Patricio* para la *seguridad* de la Iglesia. De aquí, empero, no se puede de ninguna manera deducir que el rey de los francos conservase derechos de soberanía sobre el país cedido al papa. Carlo-Magno, en su entrevista con el papa Leon III en Paderborn, hizo juzgar y juzgó él mismo las acusaciones impías dirigidas contra el soberano pontifice; pero no como soberano de Roma, sino como defensor de la capital del mundo cristiano.



El título de emperador parecia indicar aún más claramente que el de patricio la mision cumplida por este en Roma. Puso Leon III de repente, en el mismo dia de Navidad, la corona imperial sobre la cabeza de Carlo-Magno, y aclamó con entusiasmo el pueblo romano al nuevo unido. Este acto no hacia sino volver las relaciones entre el papa y el emperador al estado en que se encontraban en tiempo de Teodosio. Monedas, inscripciones, sellos, todo indicaba que no era esto más que una renovacion del imperio, *renovatio imperii*.

Por penosa y sorprendente que, segun confesó públicamente, pareciese por de pronto esta eleccion á Carlo-Magno, no tardó este en reconocer en ella la voluntad de Dios (*nutum divinum*), ni en conocer las obligaciones creadas por ese *santo imperio romano de Alemania*, fundado en principios del todo cristiano.

Data de entonces la época en que se calmó y se organizó el movimiento de los pueblos germánicos; y la Iglesia, contemporizando con el carácter individual de cada pueblo, llegó á fundir en uno los elementos germánico y romano. Pudo, gracias á la civilizacion romana de que ya se había servido felizmente otra vez, y merced á su union íntima con el poder imperial creado con este objeto, introducir entre los germanos una vida verdaderamente cristiana y costumbres realmente sociales. Atendidos, empero, los usos particulares de todas esas razas diversas y el principio político de los germanos, «cada Estado se desarrolla y se organiza segun el carácter de la raza que lo funda,» ¿cómo podia el poder imperial ser universalmente reconocido y presentarse justificado á los ojos de todos esos pueblos? Era indispensable que se apoyara en otro poder universal, cuya legitimidad fuese reconocida desde muy antiguo; era indispensable que el imperio de Occidente estuviere fundado sobre la Iglesia y levantado sobre bases cristianas; era indispensable que dentro de los límites marcados ayudase el poder temporal al espiritual para que quedase llenada del todo su mision divina. Quería la Iglesia por medio del imperio fundar la grande alianza fraternal de las naciones, y manifestaba al emperador que estaba llamado

por el cielo á ser el mediador y el pacificador de los Estados cristianos. Tenia, pues, el emperador, segun lo prescribia el Evangelio, la obligacion de extender su reino por los Estados paganos del Occidente, á fin de convertirlos al cristianismo; y parece, en efecto, que Carlo-Magno, procurando unir su familia con la raza imperial de Oriente, deseó realizar de una manera aún más completa ese alto pensamiento, segun el cual su imperio habría abrazado todos los reinos de la tierra. Ese *imperium mundi* debia darle sobre todos los demás reinos, no una dominacion territorial, sino una supremacia de honor y de autoridad. Debia por otro lado honrar, defender y sostener la Iglesia más que los demás príncipes, y dar con su lealtad ejemplo á todos los soberanos. Por esto Carlo-Magno, con un sentimiento profundamente cristiano, se llamaba á sí mismo defensor desinteresado y protector humilde de la santa Iglesia y de la silla apostólica romana (*devotus sanctae Ecclesiae defensor humilisque adjutor*). Todo esto estaba confirmado por el juramento de fidelidad (*fidelitas*) que se prestaba al jefe visible de la cristiandad, y que no era un juramento de feudalidad ni de vasallaje, sino una simple expresion de afecto y de homenajes personales. Ni hacia tampoco este juramento vasallo del emperador al papa, porque la soberanía pontifical sobre Roma y los estados de la Iglesia quedó, despues de la coronacion del emperador, tal como en el siglo VIII había sido establecida. No hubo diferencia sino en que el papa, por el mero hecho de haber reconocido en Carlos el más alto derecho temporal, debió, como soberano de los estados de la Iglesia, del mismo modo que los demás príncipes, reconocer la supremacia imperial sobre Roma y los estados romanos. El emperador, además de esa defensa general de la Iglesia, de que estaba encargado (*advocato Ecclesiae*), siendo en particular patricio de Roma y defensor de la iglesia romana, ejercia hasta derechos de jurisdiccion en la capital del mundo católico; pero para impedir las usurpaciones á que podia darle lugar ese carácter, se le obligó á prestar un juramento de fidelidad al papa, como jefe del poder espiritual y de la jerarquía eclesiástica. Pronto



se levantaron, sin embargo, dificultades entre las dos partes, por tener á menudo entrambas pretensiones exageradas; y esto hizo desear, como era natural, más firmeza en el deslinde de sus atribuciones. Es muy fácil explicar por qué el papa y el emperador no entraron en cuentas el uno con el otro, sino después de haberse recíprocamente reconocido en ese doble reino cristiano. La misión de los dos representantes del poder divino era análoga en su origen, en sus medios de acción y en su objeto. Una dependencia mútua y cordial era una condición necesaria para entrambos; entrambos debían corresponder, cada uno en su esfera, á las necesidades corporales y espirituales de los pueblos cristianos, y no dar lugar á que ni uno ni otro se apartaran de la senda que se les había trazado. El uno debía cumplir la unión viva y libre de los espíritus para la unión de la fe, de la moral y el culto; apresurar el otro la formación de la unidad social y civil, y armonizar con los intereses de esta unidad los derechos particulares de cada miembro del Estado. Así fué que el papa, que había revestido á Carlo-Magno de la dignidad imperial y sancionado su universal supremacía á los ojos de los pueblos cristianos, conservó para él porvenir el derecho de coronar al emperador; y el emperador, por la naturaleza misma de la alianza establecida entre el imperio y la Iglesia, y por la analogía de los hechos anteriores, obtuvo la facultad de confirmar la elección del jefe de la Iglesia.

A la muerte de Carlo-Magno desaparece su colosal imperio, sumido poco después en guerras civiles, terminadas en el tratado de Verdun; reconstituyese más tarde en Carlos el Gordo. Principia la lucha entre los Carlovingios y Capetos; toca á su fin la Heptarquía en Inglaterra, y verificase la primera invasión danesa.

En el Bajo Imperio, Miguel III, uno de los emperadores más corrompidos, protege á Focio contra el patriarca legítimo Ignacio, y prepara el espíritu funesto del emperador *el cisma de la Iglesia griega*.

Al principiar el siglo X vuelve á ocupar el trono de Francia la dinastía Carlovingia, ci-

niéndose la corona Carlos el Simple, hasta que á la muerte de Luis V, aun cuando la corona correspondía á su tío Carlos, una feliz usurpación vino á reparar las funestas consecuencias de todas las anteriores, substituyendo á la vieja dinastía Carlovingia la nueva de los Capetos. Othon I el Grande, hijo y sucesor de Enrique I, recibió en esta época del papa Juan XII la corona imperial y la distinción de Roma en calidad de protector del *Santo imperio romano germánico*, dando origen á la famosa querrela de las investiduras, que por tanto tiempo turbó á la Europa Occidental.

Continúa Italia al empezar el siglo X presa de la anarquía en que quedó sumida desde la muerte de Carlo-Magno: el matrimonio de Adelaída con Othon I unió la corona de Lombardia á la de Alemania. En Roma, el audaz Crescencio paga con su vida la rebeldía contra el poder temporal de los papas.

En Inglaterra los sucesores de Alfredo el Grande arrebatan á los daneses varios territorios que poseían, quedando asegurada la independencia, hasta que en los días de Eitelredo tiene lugar la segunda invasión danesa. Continúa reinando en Constantinopla durante todo el siglo X la dinastía macedónica, cuyo emperador Leon VI, llamado *el Filósofo*, murió después de haber visto sus armas batidas en todas partes, siendo célebre la emperatriz Zoe, madre de Constantino VII, autor del arte de gobernar. La decadencia del califato de Oriente, ya manifiesta en la segunda mitad del siglo IX, continúa verificándose en el siglo X, hasta casi quedar anulada la autoridad de los califas, desde que Al-Bhadi, vigésimo de los Abasidas, creando la dignidad de Emir-Al-Omrah, puso á merced de los turcos el cuidado de mantener el vacilante poder del trono ante las rebeliones que destrozaban el califato de los fatimidas. Los búhidas y los ghaznevidas fueron haciéndose independientes. Continúa la dinastía de los Capetos en Francia durante todo el siglo XI, bajo las riendas de Roberto, Enrique I y Felipe I, ejerciendo la soberanía más bien que ellos los señores feudales, muy principalmente los de Aquitania, Normandía, Tolosa y Borgoña. Termina en Alemania con Enrique II, ape-



llidado el Santo, la misión de la dinastía de Sajonia, bajo la cual quedaron aseguradas las fronteras de Germania, sometiendo á slayos y húngaros, siendo Conrado II el primero de la casa de Francia que substituyó al anterior. En los días de Enrique IV, que ocupó el trono en la menor edad, estalló una sangrienta guerra civil, cuyas turbulencias vieron agravadas después con aquella de las investiduras.

Los destinos de Italia siguen durante el siglo XI estrechamente unidos á los destinos de Alemania. Los normandos conquistan valerosamente á Salerno y rechazan á los sarracenos; que la sitiaban, cogiéndoles un gran botín. En Inglaterra, bajo el reinado de Eitelredo II, tiene lugar la nueva invasión de los daneses á principios del siglo XI, intentando apoderarse del país, que sin embargo abandonaron mediante el vergonzoso impuesto anual del *Danegeld*, dinero danés, que Eitelredo se sometió á pagar. A la muerte de Canuto II de Inglaterra, es restablecida la dinastía sajona.

El Bajo Imperio parece revivir con Romano III algun tanto, aunque por poco tiempo, pues Zoe, su mujer, y Teodora, su cuñada, en la última de las cuales se extingue la dinastía macedónica, prostituyen con sus escándalos y excesos la púrpura imperial. En el califato de Oriente continúan los califas de Bagdad reducidos al simple ejercicio de las funciones sacerdotales; mientras que los turcos selgiucidas, establecidos cerca de la Bucaria á principios del siglo XI, arrojan hasta la India á los ghaznevidas, fundando Togrul-beg un dilatado y duradero imperio, del que tomó el título de sultan; Alp-Arslan, su sobrino, el primero que abrazó el islamismo, desplegó el estandarte del Profeta en las playas del Bósforo, llegando hasta amenazar á Constantinopla, á cuyo emperador derrotó é hizo prisionero.

Las célebres repúblicas italianas, de Venecia, que desde un humilde origen de cabañas de pescadores llegó á ser la reina de los mares, Génova y Pisa, desempeñan un brillante papel en el comercio marítimo.

Los más notables entre los Estados slavos que en esta época son dignos de mencionarse, por la agitación de las luchas de su organiza-

ción, son Rusia, Polonia y Bohemia; y los de la raza scítica, son la Hungría y la Bulgaria.

En España continúa la época verdaderamente épica de la reconquista, desenvolviéndose en una serie de victorias, que comienza en Santa María de Covadonga. Dejó gloriosamente iniciada esta gigantesca empresa de reconquistar la patria de los invasores sarracenos el valeroso D. Pelayo, descendiente de los príncipes godos; sucédele D. Favila, su hijo, quien muere á los tres años; D. Alonso I el Católico extiende los límites de la dominación desde el mar Cantábrico hasta el Duero, restableciendo arruinadas poblaciones, restaurando ciudades y fortalezas, y edificando templos, destruidos por el furor de los conquistadores. En este tiempo, contemporáneo de Alonso el Casto y de Ramiro I, conviértese la ciudad de Córdoba en una nueva Atenas, en donde las ciencias, las artes y la cultura encontraron un maravilloso desenvolvimiento. D. Alonso II el Casto, en un reinado de medio siglo, llevó sus banderas victoriosas hasta el Tajo; desalojó don Fernando I el Magno de las riberas del Duero á los moros toledanos que infestaban las fronteras, y penetra vencedor hasta las orillas del Guadiana, haciendo célebre su nombre las famosas jornadas de Orbida, Atienza, Coimbra, Belorado, Pancorbo y Zamora. Con el reinado de Alonso III y D. García da fin la monarquía de Asturias, para dar principio á la de Leon. Extendíase á la muerte de aquellos por el Mediodía hasta la Vardulia ó Tierra de Campos. Sin embargo de que en sus correrías llegó Alonso hasta Sierra Morena; por el Occidente comprendía la Galicia, que formaba un extenso condado con una gran parte de Portugal; por el Norte abrazaba la Cantabria. En este tiempo había cuatro estados notables en la Iglesia cristiana, tendiendo todos á un mismo fin: el triunfo de la Cruz sobre la Media luna. El reino de Leon, en donde Ordoño establece su corte, el de Navarra, el de Aragon y el condado de Barcelona, independiente de la dominación de los francos.

Abderrahman III asombra en esta época por su magnificencia casi fabulosa, su lujo oriental, su riqueza deslumbradora, verdadera reali-



zación de los cuentos árabes, hasta tal punto, que los emperadores griegos, al oír tantas maravillas de su poder y de su ostentación, solicitaron su alianza y amistad; con cuyo motivo, al recibir Abderrahman III á los embajadores de Constantino IX, lo hizo con tal aparato y pompa, que las calles de Córdoba estaban colgadas con los más bellos tapices de Persia y de Egipto, y las murallas con ricos tistes. Edificó para una de sus esclavas, llamada Zahara, una ciudad, que la dió este nombre, á dos millas de Córdoba.

El palacio de la favorita, donde no se habían escaseado ni mármoles, ni oro, ni sedas, ni piedras preciosas, en donde lucían cien arañas de cristal y corría una fuente de azogue que caía en un rico y extenso vaso de alabastro, era el ideal más poético de esas habitaciones encantadas que se describen en *Las Mil y una noches*. Abderrahman fué, al decir de los historiadores, el soberano más poderoso y más rico que se conocía en Europa, y tal vez en el mundo, siendo su reinado solamente comparable al de Augusto. Mas, tan grande y tan poderoso, la España cristiana arrancó de su gloria el triunfo de San Estéban de Gormaz, en donde este tan fuerte Abderrahman III, con veinte mil hombres, fué completamente derrotado en los días del primer rey de Leon. Haremos notar, siquiera sea ligeramente, á los que no ven en esta revuelta Edad media batalladora sino luchas y turbulencias, que sobre ellas vive y se levanta el pensamiento de la fe y de la Iglesia católica, ofreciéndonos en Sahagún el célebre monasterio que sirve de albergue á las letras y de retiro á Alonso IV, llamado el Monje. Ramiro II llega á Madrid y extiende sus conquistas hasta Toledo, sosteniendo antes contra el mismo Abderrahman III una reñida y sangrienta batalla cerca de Simancas.

Almanzor, el enemigo más temible que hasta entonces había perseguido á los cristianos, se propuso la reconquista de toda la Península. Barcelona, Pamplona, Santiago y otros pueblos y ciudades, son víctimas del terrible invasor; Leon queda reducida á una inmensa mole de ruinas. Galicia y Portugal no tienen fuerza para resistirle, y España entera, sin-

tiéndose abatida, pero no vencida, derrota en Calatañazor al que, avergonzado de verse vencido, se deja morir de hambre en Medinaceli, al temido Almanzor, quedando amenazado de muerte despues de estas derrotas el califato de Córdoba. Dignos son de especial mención los condes de Castilla, notables por su valor y por sus servicios á la causa de la reconquista, apareciendo en primer término el famoso Fernán González, que tanto ayudó á los reyes de Leon; su hijo Garcí-Fernández, que concurrió á la batalla de Calatañazor, y D. Sancho García. Aparecen unidos á principios del siglo XI los reinos de Leon y de Castilla, bajo D. Fernando I, llamado el Grande, con el cual empieza en Castilla la dinastía de la casa de Navarra, quedando á su muerte dividido el reino y entregado á las discordias que se siguieron entre sus hijos, y en las que tanta parte tomó el célebre Cid, quien por tres veces recibió juramento de Alonso VI en Santa Gadea, y á presencia de toda la nobleza castellana, para reputarle exento de la alevosa muerte de don Sancho. Toda esta lucha, sostenida por la invencible España, contribuye en esta época á extirpar la dominación sarracena; y mientras el feudalismo en otras lejanas tierras, con sus turbulencias y discordias, menoscaba y detiene el triunfo de la ciencia y política cristianas, la guerra contra la morisma en España no la impide levantar monasterios, silenciosos templos del saber, educando á la nobleza, protegiendo al pueblo, defendiendo á todas las clases; y prepara, en fin, el glorioso advenimiento de los días de los reyes conquistadores de Granada.

Al poder oriental, personificado en los califas, dice Cantú, se opone el del Occidente, personificado en los papas. Los eclesiásticos, ejerciendo el duplicado sacerdocio de la religión y de la justicia civil, administrando esta con solemnidad, sancionándola con premios invisibles y emancipándola de la mera fuerza, fundaron una autoridad inerte. Cuando un emperador intentó encadenar las libres creencias, los pontífices salvaron á la Italia del yugo oriental; de sus contestaciones con los longobardos salió consolidado su poder; y despues, para dar al mundo la unidad política, así como ya le ha-



bían dado la religiosa, renovaron el imperio de Occidente en príncipes, que siendo libremente elegidos, representaban la república cristiana. El primero de estos es Carlo-Magno, que de los despojos de veinte reinos bárbaros forma una vasta monarquía, y que, á la manera del grande Alfredo, procura organizar sus nuevos Estados con arreglo á las ideas religiosas, pacificando, restableciendo el dominio de las leyes y del pensamiento, recomponiendo los tres elementos de la libertad septentrional con sus garantías, de las tradiciones romanas con su administración y literatura, y de la Iglesia con su moralidad y su jerarquía, y consolidando el terreno para edificar sobre él una nueva civilización. Aunque velada por los exteriores acontecimientos, bien se echa de ver esta civilización en Europa al contemplar cómo se reanudaron las tradiciones de las ciencias y de los gobiernos, y cómo el antiguo espíritu de invasión se fué trasformando en espíritu de influencia moral é intelectual.

En tanto que los árabes, cual torrente, suspendido, amenazan con nuevas devastaciones, el Norte y el Oriente envían enjambres de soldados que en naves de corsarios ó en caballos tártaros turban el perezoso sueño de los sucesores de Carlo-Magno. No tardaron, empero, los normandos en trocar las correrías en conquistas, fundando reinos poderosos. Los magyares son enfrenados por Othon el Grande, y con los rusos, polacos y suecos conquistados para el cristianismo, se forma una barrera contra el Oriente, al mismo tiempo que el heroísmo español rechaza á los meridionales.

Hoy que los Estados ya adultos se regulan por las opiniones, no es fácil comprender la naturaleza de aquellos que se regían por sentimientos, ni el orden compacto que entre la aparente anarquía dominaba. Esta unidad, necesaria para oponerse á las discordias intestinas y á las invasiones, se manifestaba visiblemente en la persona del emperador, suprema autoridad protectora, fundada en la universalidad de las creencias, escogida de entre sus iguales y atemperada por ellos, derivada de Dios y tributando homenaje á su vicario en la tierra. Una clase de dominio establecido de es-

te modo excluye la tiranía de un déspota ó de una facción; subordina la fórmula ó la letra muerta al espíritu, á la intención y al carácter personal, y esta armonía entre el poder espiritual y el temporal ha sido asaz desventajosamente suplida con el equilibrio dinámico. Creíase el emperador destinado á defender la cristiandad con el generoso entusiasmo de un caballero, y si los pontífices se mezclaban en los asuntos temporales, allí estaba él para contenerlos en su deber. A su vez los pontífices, representando al pueblo, y siendo elegidos entre él y por él, unían en su nombre y en el de Dios á los emperadores; vigilaban el cumplimiento de los pactos; daban la voz de alerta á la cristiandad siempre que veían la Constitución violada; no dejaban pasar inobservada lesión alguna de la moralidad ó de la justicia, y amenazaban á los criminales obstinados, de cualquier condición que fuesen, con separarlos de la comunión de los fieles, pena moral, cuya fuerza demuestra que expresaba el público voto de la justicia.

Siendo, empero, el vicio capital de la Edad media, dice Cantú, llevarlo todo al exceso, á lo absoluto, aquí también la mútua tutela degeneró en arrogancia y en tiranía, y roto el equilibrio, se llegó á combatir con los anatemas y las espadas. Largas consideraciones merecerían estas disidencias, que retardaron el progreso de la civilización cristiana, amenazando dislocar la unidad, pero de las cuales surgió la constitución política de Alemania, Francia é Inglaterra.

EPOCA UNDÉCIMA

Las Cruzadas

El movimiento general de Europa en esta época, sólo pudo tener lugar en los días en que la fe sobrepujaba á toda otra tendencia, y con los ojos puestos en lo alto, se anhelaba por el cielo, como la eterna patria de las naciones.

Las cruzadas fueron el movimiento general de la Europa germánica; caracterizan perfectamente este período de la historia del mundo, y merecen ser por esto solo detenidamente estudiadas. Son una prueba maravillosa de la influencia que ejerció la Iglesia, aun en medio de las circunstancias más difíciles, sobre los

Años
después
de J.-C.
1096